

CENTRO DE ESTUDIOS NUEVO MILENIO

[Quiénes somos](#)[Contacto](#)

CUADERNO DE POLITICA EXTERIOR N° 3 Los Interrogantes del Nuevo Orden

por Carlos Raimundi

si desea descargar el archivo de texto correspondiente a este trabajo, haga click 

a.- Nuevo orden mundial, relación polo único de poder -individuos; o nuevo orden internacional, relación igualitaria entre diversos estados autónomos.

En general se acepta que luego de finalizada una contienda de naturaleza mundial o que involucra a una cantidad importante de naciones, los estados ganadores, protagonistas de la paz pero también de la guerra, se abocan a la tarea de organizar un orden que impida el retorno a una situación de conflicto.

Para ello se apela a la vigencia de normas o principios mínimos de convivencia y de cooperación, en síntesis, a un esquema de orden.

Sin embargo coexisten en la actualidad distintas posturas sobre el modelo de orden que se perfila. Esto ha generado un debate teórico acerca de los tipos de orden, que inclusive diferencia el orden mundial -pensado en función de la resolución de necesidades humanas- del orden internacional, pensado en atención a las necesidades de los Estados.

Este debate se resume entre los que postulan que el orden que se perfila será eminentemente unipolar y quienes creen que tendrá carácter multipolar.

Los que sostienen la tesis del orden unilateral provienen de la llamada escuela realista. Para ellos la ausencia de guerra -o sea el orden- sólo puede ser garantizado por un estado hegemónico.

La visión unipolar es una visión simplificada de la realidad internacional, ya que prioriza la dimensión estratégico-militar. Las tesis unipolaristas han sido asumidas en los EU por algunos sectores neoconservadores que a principios de la década de los 80 apoyaron a Ronald Reagan.

Son los mismos que aun hoy sostienen que aquel país estaría en condiciones de modelar el orden de la pos-guerra fría, en el cual los desafíos provendrían de los "Estados armados", un heterogéneo grupo de naciones -entre las que se encuentra la Argentina- dotados de la posibilidad de desarrollar tecnologías nucleares, misilísticas y químicas, generalmente ubicados entre los países menos desarrollados.

A pesar de las firmes convicciones de los intelectuales del unipolarismo, este sistema presenta

importantes puntos débiles. La historia de la decadencia de los sistemas imperiales nos demuestra que estos requieren para su supervivencia una eficaz administración y una continua expansión económica. Cuando ambas circunstancias dejan de existir sobreviene la decadencia.

La pregunta es, por lo tanto, ¿es posible afirmar la hegemonía estratégica militar de los EU si este país ya no es la potencia económica excluyente?

Un informe del Consejo Norteamericano de la Competitividad reveló que de 100 tecnologías consideradas claves, solo en 25 los EU son juzgados como competitivos, y en 33 casos tienen irremediadamente perdida la partida frente a europeos y japoneses.

El mismo Consejo demostró que las firmas norteamericanas habían perdido posiciones en el mercado mundial de productos claves como el de las fibras ópticas, los semiconductores, los circuitos de memorias sofisticados y hasta el de máquinas-herramientas¹.

Concluyendo, la concepción del orden unipolar parece ignorar el pasado y no existe indicio alguno que permita avalar la tesis según la cual los EU estén en condiciones de imponer, en base a sus intereses y criterios, las reglas del comportamiento internacional.

Esta visión del mundo sólo es sustentada por pequeños grupos neoconservadores norteamericanos y, paradójicamente, también es asumida por algunos gobiernos e intelectuales latinoamericanos que, en medio de una generalizada confusión derivada de los apresurados cambios internacionales, justifican las necesarias relaciones con Washington en base a una suerte de determinismo surgido de la nueva configuración del poder mundial, confundiendo entonces relación bilateral con alineamiento unilateral.

La campaña presidencial que llevó a la victoria al demócrata Bill Clinton, significó para los norteamericanos una buena ocasión para insertar en el debate el papel que ese país desempeñará en el mundo.

El discurso del vencedor giró alrededor de la recuperación económica más que sobre la política exterior. En el interdependiente mundo del final de siglo, la competitividad económica parece ser para la sociedad norteamericana la premisa determinante de la posición en el ranking de las naciones.

En virtud de este enfoque es probable que en términos prácticos los cambios en la política exterior de la administración demócrata sean moderados.

Lee Hamilton, uno de los principales asesores en temas de política externa del presidente, describía claramente en el número de otoño de 1992 de la revista Foreign Affairs, cuáles deben ser los objetivos de los EU en esa área. Aseguraba que los demócratas tienen la oportunidad de redefinir el concepto de seguridad nacional y asumir un mejor balance entre asuntos domésticos y externos, así como entre liderazgo internacional y paternalismo hegemónico.

Los temas de la agenda ya no son la expansión del comunismo ni la supervivencia a la guerra nuclear, sino la competitividad económica, la proliferación de armamentos -nucleares y convencionales-, el apoyo a las democracias, la protección del medio ambiente y la lucha contra la miseria y la pobreza.

La administración republicana no acertó en la definición del rol de los EU en el mundo. Negando la

propia realidad interna de su país, el ex presidente Bush quiso utilizar la caída del socialismo para abonar la tesis que convierte a los EU en la única superpotencia.

Por lo tanto la derrota de Bush posee varios alcances. El primero es que la caída de los socialismos reales no representó el encumbramiento del capitalismo no regulado. John Kenneth Galbraith² lo define muy bien en su ensayo crítico "La cultura de la satisfacción" (Emecé, Buenos Aires, 1992), cuando afirma que "es un hecho desagradable, pero plenamente establecido que nadie que busque una vida mejor se cambiaría de Berlín oriental al Bronx del Sur en los EU".

El segundo, que gobernar con recesión económica significa una declinación a mediano plazo.

El tercero es que para los ciudadanos norteamericanos es más importante -o al menos más prioritaria- la recuperación de la competitividad económica que el liderazgo del mundo de posguerra.

La más clara advertencia de esto se manifestaba en los análisis de la opinión pública efectuados por John Rielly y publicados en la revista Foreign Policy. Para los norteamericanos la prioridad de la política exterior debía ser la defensa del empleo y las principales amenazas eran el poderío económico del Japón y la competencia europea³.

Como lo señalara Paul Samuelson en un reciente artículo en Los Angeles Times, el principal error de Bush fue adherir ideológicamente a las doctrinas del "laissez faire". La desregulación extrema fue una de las principales causas del descontento entre los estadounidenses. Esta es una fundamental conclusión que podemos extraer desde la Argentina. La administración republicana pretendió ganar las elecciones proponiéndole a la sociedad norteamericana liderar hegemoníamente el "primer mundo" y fue vencida por un candidato que tan sólo propuso eliminar los bolsos de pobreza que se multiplicaron tras doce años de ajuste neoconservador.

Formar parte del primer mundo, estar entre los países más desarrollados, no es una expresión de deseos, ni siquiera para los Estados Unidos. No alcanza con gestos primermundistas para escalar en el status internacional. Participar en la guerra del Golfo Pérsico, en el conflicto de la ex-Yugoeslavia, presionar a Cuba, iniciar una cruzada contra el narcotráfico, no fue suficiente para Bush y mucho menos lo será para nuestro país.

Para nosotros, en cambio, el mundo es profundamente dinámico y marcha hacia la multipolaridad en todos sus aspectos, pero fundamentalmente en la dimensión económica, por lo cual resulta indispensable mantener un grado sustancial de autonomía en defensa del interés nacional.

b.- Integración supranacional o desintegración de los actuales estados nacionales

"Es lógico preferir nuestra propia nación a las otras, toda vez que somos niños y ciudadanos antes de que podamos ser viajeros y filósofos".

George Santayana, The Life of Reason (1905)

De todas maneras, esto no puede resolverse globalmente si no intentamos responder al mismo tiempo otros interrogantes. ¿Puede afirmarse de modo lineal y unilateral que el mundo se dirige hacia un nuevo esquema de organización que privilegia los grandes bloques económico-políticos, y prescinde de la impronta de los nacionalismos más tempestuosos?

¿Marchamos, a partir del fin de la bipolaridad, hacia un mundo unipolar como soñaron los grupos más conservadores de la política norteamericana y los economistas de la escuela de Chicago, que plasmaron la plataforma de los años 80 para el partido republicano en los documentos de Santa Fe I y II, y como las grandes cadenas informativas -funcionales a este esquema- pretendieron asegurarnos una vez concluida la guerra por el petróleo de Kuwait y la zona de Arabia Saudita?

O bien nos encaminamos hacia un esquema multipolar, fruto de la complejidad de los actuales procesos económicos y del alzamiento de países que tan sólo unos pocos lustros atrás no estaban aptos para liderar ciertos aspectos de la nueva organización mundial?

En suma, la respuesta a las opciones "nuevo orden mundial-nuevo orden internacional", "espacios nacionales integrados-resurgimiento de los nacionalismos a ultranza", "esquema de poder unipolar-multipolaridad", solo puede explorarse a través del análisis desapasionado y completo de una más que intrincada realidad mundial.

En este aspecto también coexisten dos tendencias de similar intensidad y de sentido inverso, lo cual no significa decir necesariamente que sean excluyentes o incompatibles. Por una parte el proceso de transnacionalización económica y la formación y consolidación de grandes bloques o espacios regionales integrados, como la Unión Europea, el área Pacífico o el Nafta, entre otros. Por la otra, una visión nacional no sólo de la historia, sino de la producción y el comercio.

Concluida en Marruecos la ronda Uruguay del GATT⁴ que se iniciara en 1986, Edouard Balladur fue recibido como héroe por la Asamblea Nacional de su país por haber protegido la identidad cultural de Europa y especialmente de Francia, y satisfecho ciertos reclamos de los agricultores franceses, al proteger al cine y la televisión y arrancarle concesiones a los EU por los subsidios agrícolas, respectivamente.

En sentido contrario, el parlamento hindú pidió a la corte suprema declare inconstitucional el acuerdo, básicamente por los perjuicios que conlleva a su comercio bilateral con los EU; y Corea del Sur destituyó a su primer ministro Hwang In-sung por no resistir las presiones que le exigían mantener cerrado el mercado nacional del arroz.

En el área latinoamericana, Domingo Cavallo afirmó que las exportaciones argentinas subirán el diez por ciento como consecuencia de los acuerdos para la exportación de trigo, carnes y aceite vegetal, al igual que Colombia con sus flores y Chile con sus manzanas. Pero Brasil se perjudicó por las barreras a sus exportaciones de cuero, y Ecuador y Centroamérica con relación al banano, ya que los acuerdos del GATT fijaron la cuota de este producto en coincidencia con lo que la Unión Europea había propuesto.

En definitiva, tanto los poderosos como los estados subdesarrollados defendieron su interés nacional. El problema es que el acuerdo final fue hecho a la medida de los grandes. Con 16.000.000 toneladas menos de producción cerealera respecto del año anterior, la "Política Agropecuaria Común" (PAC) de la comunidad europea elevará sus ingresos en 30.500 millones de dólares, mientras que la economía japonesa logrará un aumento de 27.000 millones y los EU lo harán en 36.000 millones de dólares. Como consecuencia de los intereses políticos en juego, la industria textil del ex bloque soviético se verá favorecida en 20.000 millones de dólares.

El propio Tratado de Libre Comercio entre Canadá, los EU y México (NAFTA), que elimina progresivamente protecciones aduaneras y tarifarias sobre productos agrícolas, textiles y automotrices, y libera la circulación de camiones y servicios financieros, permite a su vez a sus integrantes proteger el petróleo en el caso de México, los transportes aéreos y la comunicación por radio a los EU y los bienes culturales a Canadá, al mismo tiempo que los autoriza a mantener su propia legislación social y sobre el medio ambiente.

En definitiva, creemos no estar en condiciones de responder si asistimos a la construcción de un mundo definitiva e irreconciliablemente segmentado o si marchamos hacia la resolución de esa interacción dialéctica de convergencia - conflicto entre las tendencias simultáneas a la globalización y la tribalización.

Lo que sí observamos, no obstante los retrocesos mencionados de América Latina, es que -por ejemplo- el Banco Interamericano de Desarrollo, que hasta ayer promovía las reformas estructurales del neoliberalismo, hoy ha incorporado a su agenda temas como la equidad, el trabajo de la mujer, los fondos para las pequeñas empresas, los derechos del indígena, la integración de las poblaciones amazónicas y el mejoramiento de la fuerza laboral. El informe 1993 reza: "La redefinición del gasto público social es un elemento básico de la estrategia del crecimiento con equidad. En la región, dicho gasto requiere incrementarse tanto en cantidad como en calidad. El mayor monto destinado a los sectores sociales debe financiarse tanto con una reforma tributaria que reduzca la evasión y se centre en la recaudación de impuestos progresivos, como mediante la racionalización del gasto público que incluya la reducción de los gastos militares".

c.- "¿El choque de las civilizaciones?"

A propósito de esto, el politólogo y profesor de Harvard, Samuel P. Huntington, autor de "El orden político en las sociedades en cambio" y "La tercera ola de democratización a fines del siglo XX", publicó en la revista *Foreign Affairs*⁵ (70) un ensayo titulado "El choque de las civilizaciones".

De él tuvimos el atrevimiento de extraer algunos párrafos que hablan por sí mismos de la marcha hacia un nuevo orden internacional.

"La política mundial está entrando en una nueva fase y los intelectuales no han dudado en dar opiniones de lo que serán el fin de la historia, la vuelta a las rivalidades tradicionales entre Estados-naciones y la caída del Estado-nación por la conflictiva puja entre tribalismo y globalismo. Cada una de estas perspectivas captura aspectos de la realidad emergente. Sin embargo, a todas se les escapa un aspecto crucial, y de hecho central, de lo que la política mundial será probablemente en los años venideros. Mi hipótesis es que la fuente fundamental del conflicto en este nuevo mundo no será básicamente ideológica o económica. Las grandes divisiones de la humanidad, así como las fuentes dominantes de conflicto, serán culturales. Los Estados-naciones seguirán siendo los actores más poderosos en los asuntos mundiales, pero los principales conflictos de la política mundial ocurrirán entre naciones y grupos de civilizaciones diferentes. El choque de las civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de falla entre las civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro.

En su *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee⁶ identificó 21 civilizaciones importantes; sólo seis de ellas existen en el mundo contemporáneo. La identidad de las civilizaciones será cada vez más importante en el futuro.

¿Por qué será este el caso? Primero, las diferencias entre las civilizaciones no son sólo reales: son básicas. Las civilizaciones se diferencian una de otra por la historia, el lenguaje, la cultura, la tradición y,

lo más importante, la religión. Los pueblos de distintas civilizaciones tienen distintas opiniones de las relaciones entre Dios y el hombre, el individuo y el grupo, el ciudadano y el Estado, los padres y los hijos, el marido y la mujer, así como diferentes opiniones sobre la importancia relativa de los derechos y las responsabilidades, la libertad y la autoridad, la igualdad y la jerarquía.

Estas diferencias son productos de siglos. No desaparecerán rápidamente. Son mucho más fundamentales que las diferencias entre ideologías políticas y regímenes políticos. Las diferencias no necesariamente significan conflicto, y el conflicto no necesariamente significa violencia.

Las características y diferencias culturales son menos mutables y, por lo tanto, menos fácilmente negociables y resueltas que las políticas y económicas. En la ex Unión Soviética, los comunistas pueden hacerse demócratas, los ricos más pobres y los pobres ricos, pero los rusos no pueden ser estonios y los azeríes no pueden convertirse en armenios. En conflictos de clase e ideológicos, la pregunta clave era "¿De qué lado está usted?", y la gente podía elegir lados y cambiar de lado. En los conflictos entre civilizaciones, la pregunta es "¿Qué es usted?". Eso es algo que no puede cambiarse.

Y, como sabemos, desde Bosnia al Cáucaso y al Sudán, la respuesta equivocada a esa pregunta puede significar una bala en la cabeza. Aun más que la etnia, la religión discrimina aguda y exclusivamente a la gente. Una persona puede ser medio francesa y medio árabe y, simultáneamente, hasta ciudadana de dos países. Es más difícil ser mitad católico, mitad musulmán.

Como la gente define su identidad en términos étnicos y religiosos, tiende a ver una relación de "nosotros contra ellos" frente a quienes pertenecen a una etnia y/o religión diferentes. El fin de los Estados definidos ideológicamente en Europa Oriental y en la ex Unión Soviética permite que las identidades y animosidades tradicionales étnicas salgan a la luz. Las diferencias en cultura y religión crean diferencias sobre temas políticos, que van desde derechos humanos hasta inmigración y comercio y ecología. El síndrome del "país hermano" está reemplazando la ideología política."

Al definir la guerra por el petróleo del Golfo Pérsico, Huntington señala: "No es el mundo contra Irak, como Safar Al-Hawali, decano de los Estudios Islámicos en la Universidad Umm Al-ra de La Meca, dijo en una grabación ampliamente difundida. Es Occidente contra el Islam".

Los conflictos entre civilizaciones suplantarán a los conflictos ideológicos y otras formas de conflicto como la forma mundial dominante de conflicto; las relaciones internacionales, un juego históricamente jugado dentro de la civilización occidental será cada vez más desoccidentalizado y se convertirá en un juego en el que las civilizaciones no occidentales serán actores y no meros objetos; las instituciones internacionales exitosas en política, economía y seguridad tendrán más probabilidades de desarrollarse dentro de las civilizaciones que a través de las civilizaciones; los conflictos entre grupos de diferentes civilizaciones serán más frecuentes, más sostenidos y más violentos que los conflictos entre grupos en una misma civilización.

"El eje máximo del mundo de la política será la relación entre "Occidente y el resto"; las élites de algunos países desgarrados no occidentales tratarán que sus países sean parte de Occidente, pero en la mayoría de los casos se enfrentarán a grandes obstáculos y no podrán lograrlo; un foco central del conflicto para el futuro inmediato estará ubicado entre Occidente y varios Estados islámicos-confucianos".

"Sus implicaciones deberían dividirse entre ventajas a corto plazo y ajustes a largo plazo. En el corto plazo, es evidente, en interés de Occidente, el promocionar una mayor cooperación y unidad dentro de su propia civilización especialmente entre sus componentes europeos y norteamericanos: incorporar a Occidente a sociedades de Europa oriental y de Latinoamérica cuyas culturas sean parecidas a las de Occidente; prevenir que una escalada de conflictos locales entre civilizaciones devengan grandes

guerras entre civilizaciones; limitar la expansión de la fuerza militar de los Estados confucianos e islámicos.

En el largo plazo se necesitarán otras medidas. La civilización occidental es occidental y moderna. Las civilizaciones no occidentales han tratado de ser modernas sin hacerse occidentales. Hasta la fecha, solo Japón lo ha logrado. Las civilizaciones no occidentales seguirán intentando adquirir riqueza, tecnología, pericia, maquinaria y armamento que son parte de ser moderno. También tratarán de reconciliar esta modernidad con sus culturas y valores tradicionales. Su fuerza económica y militar en relación con Occidente aumentará. Por lo tanto, Occidente tendrá que acomodar cada vez más esas civilizaciones modernas no occidentales, cuyo poder se acerca a Occidente pero cuyos valores e intereses difieren significativamente de los de Occidente. Para esto será necesario que Occidente mantenga el poder económico y militar necesario para proteger sus intereses en relación con esas civilizaciones. Para el futuro pertinente, no habrá civilización universal, sino un mundo de diferentes civilizaciones, cada una de las cuales tendrá que aprender a coexistir con las otras."

No obstante, a diferencia del pasado, en que las civilizaciones actuaban sobre un área geográfica limitada, la civilización industrial es de carácter planetario. Esto asedia a las otras civilizaciones y las colocaría frente a un desafío de enormes proporciones: encontrar una respuesta adecuada, o bien transformarse en colonias culturales del centro capitalista.

En consonancia con Huntington, Luciano Pellicani⁷ en "La guerra cultural entre Oriente y Occidente" afirma que toda civilización se niega a acoger aquellos bienes culturales que amenazan -o parecen amenazar- su identidad. Estas buscan mantener un sólido vínculo con su pasado, ya que es precisamente el pasado -la tradición cultural- lo que define esa identidad.

"Con la ayuda del magistral análisis de Toynbee -agrega Pellicani-, estamos en condiciones de comprender la guerra cultural entre Occidente y aquellos países en que ha predominado el partido de los celotes, defensores a ultranza de las tradiciones nacionales."

Para Pellicani, "el ejemplo más transparente de reacción celote contra la Modernidad lo constituye la revolución iraní. Jomeini⁸ había percibido que la modernización económica y tecnológica que encarnaba el sha Reza Palevi -a la que no vaciló en presentar como el Gran Demonio- habría abierto las puertas de la secularización cultural, bastardeado progresivamente la tradición religiosa y agredido el propio corazón de la identidad iraní."

Jomeini sostenía que tras las formas económicas y técnicas de Occidente llegaban sus modos de pensar y de juzgar la realidad. Por ello, desde el momento en que la "infección occidental" ya había afectado a la sociedad iraní, proclamó la necesidad de la "purificación", a través del castigo despiadado a aquellos que portaban el mal.

No menos instructivo le resulta al sociólogo italiano el modus operandi de la revolución camboyana, como reacción nacionalista y totalitaria contra la colonización occidental.

En definitiva, la conclusión de Pellicani es que nada nos autoriza a pensar que estamos en la vigilia del advenimiento de aquel orden planetario pacífico y democrático vaticinado por Francis Fukuyama ([ver subtítulo d](#)).

A partir de un enfoque muy diferente, Cornelius Castoriadis afirma que el Occidente no tiene una influencia emancipatoria⁹, y es completado por Norbert Lechner¹⁰: "la ecología, por ejemplo, es uno de aquellos límites intrínsecos de la civilización industrial que impiden su universalización. Son estos límites,

mucho más que cualquier resistencia "celota", lo que condiciona la dinámica capitalista a nivel mundial.

En "¿Son compatibles modernidad y modernización?" (Flacso Chile Número 440, Marzo 1990), Lechner asocia el concepto de modernización con la integración transnacional del capital, que conduce a la exclusión social, como un sacrificio transitorio fundado en la expectativa de recompensa. La modernidad, en cambio, es el esfuerzo por construir una nueva legitimidad fundada en ideas y valores, como la solidaridad y la Democracia.

En esta perspectiva, el fundamentalismo (islámico o no) no es tanto una reacción antimoderna como el efecto de determinado tipo de modernización: una modernización sin modernidad, de acuerdo con el concepto de Lechner.

Desde otra perspectiva, pero también contestatario de la teoría de Huntington y Pellicani, Krzysztof Gawlikowski¹¹ plantea que "la división entre países desarrollados y países atrasados desde el punto de vista económico no corresponde exactamente a la división entre la cultura eurocristiana y las otras civilizaciones."

En tal sentido, en la misma Europa existen países económicamente atrasados como los de Europa oriental y el área de los Balcanes (79). Contrariamente, en Asia se sitúa el Japón y los llamados "Cuatro tigres" (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Taiwan). Por su parte, América Latina pertenece al ámbito de la civilización eurocristiana. Es decir, tanto entre los países ricos como en los países pobres nos encontramos con religiones y civilizaciones diferentes.

Gawlikowski relativiza los alcances de la negación total hacia la civilización occidental, diciendo que esta es en general aceptada, aunque sea parcialmente, mientras que se rechaza sólo la cultura eurocristiana, sobre todo en su versión consumista. "Este rechazo se torna difícil de condenar -añade- en aquellos países pobres donde el consumismo alcanza a una reducida elite de privilegiados".

Pero la principal debilidad de la concepción de la "guerra cultural" como teoría global radica, según este autor, en que son precisamente los países desarrollados quienes absorben, cada vez en mayor medida los elementos de las culturas no occidentales, mientras los crecientes movimientos migratorios profundizan ulteriormente las transformaciones de esas culturas eurocristianas. Para Gawlikowski, "las metrópolis occidentales se vuelven cada vez más ampliamente multiculturales, y sufren una conquista pacífica sin precedentes por parte de los inmigrantes de África y Asia en el caso de Europa, y en los Estados Unidos por parte de los latinoamericanos y de los que emigran del Asia oriental.

La transmisión universal de valores como la ciencia y las nuevas tecnologías no debe ser considerado en todos los casos como una "agresión". Y tal es su expansión, que en otros momentos, la sola amenaza de intervención en el Golfo Pérsico por parte de los EU, hubiera sido testigo de tremendas manifestaciones antiamericanas en todo el mundo musulmán, mientras que la realidad actual nos muestra cómo las tropas egipcias y paquistaníes aterrizan en Arabia Saudita junto con los americanos. No es para descartar a priori, por lo tanto, que la propagación de cierto bienestar ligado a la tecnología occidental aporte a determinados países, algunas consecuencias positivas.

Estamos en presencia, en suma, de la formación de un nuevo panorama político-ideológico en el que los medios de comunicación masiva (mass media) han cumplido un papel fundamental.

Como siempre, los cambios acarrearán fenómenos positivos y negativos. Pero no hay por qué afirmar a priori que la difusión de nuevos valores, modelos democráticos e innovaciones tecnológicas causen irremediablemente la aniquilación de las tradiciones culturales de aquellos países adonde arriban, como lo demuestra el caso del Japón, Corea del Sur o Tailandia.

Pensamos que debiera tenderse -y no ingenuamente- a que los valores positivos de la civilización industrial se puedan aplicar a culturas budistas, confucianas y demás. Y que se puedan presentar variantes culturales como síntesis entre lo autóctono y la modernidad, compuesta de los ideales con los cuales Lechner la concibe.

d.- ¿El fin de la historia o el fin del conflicto este-oeste?

En 1989, Francis Fukuyama cometió la presuntuosidad de decretar "el fin de la historia", a pesar de su origen japonés, con una de las historias más ricas y ancestrales que se conocen. Claro que lo hacía en el sentido hegeliano (80) de la palabra, es decir, el fin de las grandes contradicciones.

Una vez que -según él- las fuerzas del mercado derrotaron al comunismo, el mundo entero pasó a estar gobernado por una sola vertiente ideológica, que sintetiza la democracia liberal desde el punto de vista político, con la economía capitalista de mercado.

Tan duras fueron las críticas recibidas, que poco después aclaró y amplió su pensamiento en un libro más apetecible -aunque muy imperfecto-, que su ensayo original: "El fin de la historia y el último hombre".

En este señala que para que un país pueda entrar en el esquema del "fin de la historia", primero debió haber ingresado en la historia, es decir, haber alcanzado un moderno grado de desarrollo. El resto de los países pertenecemos a la categoría de "a-históricos".

En primer lugar, parte de una premisa éticamente inaceptable por su carácter discriminatorio.

En segundo lugar, comete el mismo error epistemológico en el que Marx cayera cien años antes, no obstante su extraordinario análisis del capitalismo. Marx declaró seguir la metodología de la dialéctica para explicar la realidad; la misma dialéctica de Georg Hegel que Fukuyama trató de abolir en 1989.

Para Marx, el capitalismo generaría tantas contradicciones en su seno, que el proletariado cada vez más numeroso aumentaría su nivel de conciencia, hasta tomar el gobierno por medio de una revolución violenta. Una vez transcurrida la etapa intermedia del socialismo, sobrevendría el comunismo, esto es, la sociedad sin clases, el fin de la dialéctica hegeliana, la resolución de la contradicción principal en favor del proletariado.

Sin embargo, las más grandes revoluciones marxistas se desencadenaron en economías casi feudales, no fueron las relaciones de producción sino la brillantez de una élite intelectual lo que determinó el camino hacia una nueva realidad, y el socialismo, en vez de concluir en una sociedad sin clases (las únicas sociedades "sin clases" en estos momentos son las de países del tercer mundo que no invierten en educación), conformó una burocracia con privilegios intolerables para el común de la gente, truncando el "fin de la historia", vislumbrado por el marxismo.

Desde luego que tampoco fue "el mercado", como pretende Fukuyama, quien destruyó a la

nomenklatura soviética. Mal podría haber sido responsable de una revolución tan trascendente, un concepto abstracto e incomprensible para la sociedad que la protagonizaba. Sí fueron las causas del derrumbe del socialismo real, la necesidad estratégica de Mijail Gorbachev de acabar con la asfixia financiera de una carrera armamentista desenfrenada, por una parte, y por otra parte el clamor popular por mayores niveles de libertad, pluralismo y desarrollo.

Pero el desmoronamiento del bloque soviético no implicó el triunfo definitivo del otro término de la contradicción este-oeste. Mucho menos significa el fin de la historia. La conclusión de la tensión este-oeste -por el contrario- puso al desnudo la real dimensión del verdadero conflicto mundial, el que enfrenta al desarrollo con el subdesarrollo, la opulencia de un quinto de la humanidad con la miseria de los cuatro quintos restantes. El conflicto que revela el acceso inequitativo a los adelantos de la ciencia y la injusta distribución de los recursos del planeta. En síntesis, el comienzo de un colosal desafío para la historia.

Tan complejo resultaría analizar el dogma "capitalismo vs. socialismo", en términos de distribución de los recursos y la calidad de vida, que Luis Ignacio da Silva, "Lula", líder del Partido Trabalhista del Brasil, declaró en una entrevista con el autor mexicano Jorge Castañeda el 6.6.91:

"Si alimentas a millones de brasileños hambrientos, la comida es la revolución. Si das dentistas a los niños sin dientes, un par de zapatos a los niños descalzos, ésta es la verdadera revolución. Que carezcan de esas cosas es uno de los males del capitalismo, pero también es una de las cosas más importantes en la vida, porque no se necesita un verdadero socialismo para poder comer, para tener trabajo. El capitalismo puede llegar muy lejos: basta con que el capitalista tenga la decencia de reducir su margen de ganancia, de aumentar la participación obrera. En otras palabras, que simplemente distribuya: esa es mi tesis y se me ha acusado de ser comunista por afirmar esto. Si el capitalismo garantiza la posibilidad de todo ser humano de tener un nivel de vida como el pueblo sueco o el danés o los belgas, entonces yo soy pro capitalista. Yo quiero que alguien garantice que la riqueza del mundo se distribuya de un modo adecuado" (n.del autor: es materia de otro análisis si la posibilidad de una distribución equitativa anida o no en la naturaleza misma del capitalismo, lo cual ponemos profundamente en duda).

Los grandes movimientos sociales surgidos en los países industrializados para enfrentar la guerra o el riesgo de esta, preservar el ambiente y equiparar en derechos a la mujer que irrumpía en el proceso productivo, configuraron el pacifismo, el ecologismo y el feminismo, es decir, una nueva forma de representación de intereses concretos que los partidos políticos no expresaban por sí mismos.

De esta nueva realidad surgen algunas preguntas principales: ¿Pueden estos grupos de interés reemplazar a los partidos políticos como canales de representación y elaboración de respuestas globales a los problemas más complejos y de mayor escala? ¿O bien constituyen instrumentos de presión legítimos y necesarios, que a su vez contribuyen a mejorar la política y elevar la conciencia social?

Por otra parte, problemas comunes obedecen a causas muy diversas, ya se trate de países desarrollados o subdesarrollados.

Las amenazas a la paz que para Europa y los EU fueron consecuencia de la guerra fría contra el bloque socialista, en Asia, África y América Latina provienen de la constante injusticia social.

El peligro para los seres vivos derivado de la polución del ambiente, o de repetir un desastre como el de Chernobyl, resulta de un hiperdesarrollo ilimitado e irracional en los países del Norte, mientras que en el Sur, esto se debe a los perjuicios causados por tecnologías contaminantes transferidas por aquellos, y a la falta de capacitación para encontrar modelos alternativos de desarrollo.

El desempleo en el norte responde a la creciente automatización del post-industrialismo, mientras en el sur obedece a la falta de recursos de economías que permanecen en la etapa pre-industrial.

El derecho a la intimidad es atacado en el "Primer Mundo" por la intromisión de la informática en la vida privada, mientras que el Tercer Mundo sufre la promiscuidad y el hacinamiento ocasionados por la extrema miseria.

En definitiva, frente a la posibilidad de aceptar como válida la teoría del "fin de la historia", preferimos reconocernos de cara a una nueva etapa de la historia, con un gran componente de injusticia.

Los países menos poderosos la seguiremos padeciendo si no asumimos con la inteligencia necesaria nuestra cuota de responsabilidad. Pero sus consecuencias se harán sentir también en las propias potencias, en la medida en que sus líderes políticos y económicos no acepten el principio ético universal de que los derechos humanos debieran estar mucho más equitativamente repartidos.

e.- La muerte de las ideologías

Otro de los slogans del neoliberalismo es "las ideologías han muerto".

La insuficiencia de los modelos clásicos -sustentados en valores y principios, en algunos casos excesivamente dogmáticos- para resolver los problemas sociales, dio pie a que los neoconservadores, apoyados en aquella frase, justificasen sus nuevas recetas bajo la idea del "pragmatismo", es decir, no importan los "principios" ideológicos: "seamos prácticos".

Pero la prueba de que al interior del capitalismo el debate no está cerrado, es la presencia de diferentes corrientes de pensamiento económico.

Ya lo anticipo el canadiense Michel Albert en su libro "Capitalismo vs. capitalismo" (1991, págs. 24 y 25), cuando se refiere a "la oposición entre dos modelos de capitalismo: uno `neoamericano', fundado sobre el éxito individual y el beneficio financiero a corto plazo; el otro `renano', centrado en Alemania y con muchas semejanzas con el de Japón, que valora el éxito colectivo, el consenso, la inquietud a largo plazo".

"Habrá una guerra subterránea -añade-, violenta y sin cuartel, pero sutil e hipócrita, como los conflictos entre capillas de la misma iglesia. Será una guerra de her-manos enemigos armados con dos modelos procedentes de un tronco común, inspirados en dos lógicas antagónicas del capitalismo que operan dentro del mismo credo liberal".

En 1992, el Nobel de Economía fue entregado al "economicista" Gary Becker de la Universidad de Chicago. En 1993 fue premiado el "antieconomicista" Douglas North. Es como si el Comité del Nobel hubiera dicho: nada es definitivo, el debate debe continuar".

Lo que en realidad está en juego son los enfoques posibles en la relación entre dos conceptos básicos del nuevo orden internacional: democracia y capitalismo.

Para Becker, la fórmula sería dejar obrar a las fuerzas del mercado; dejar que el "homo economicus" hinche las velas de su navegación por el mundo, porque si se lo deja en libertad, la consecuencia será "la riqueza de las naciones"¹².

A la inversa, lo que North ve en el ejemplo de los EU, es que el desarrollo económico no fue tanto la causa de otros desarrollos -político, institucional- sino su efecto. "Para que el fenómeno económico del mercado pueda darse, se necesitan condiciones no-económicas o pre-económicas que le sirvan de base. Sin moneda estable, política estable y reglas de juego estables, no hay mercado atrayente en el largo plazo. Pero estas no son en sí mismas condiciones económicas sino "institucionales"¹³.

Douglas North, en su obra "Estructura y cambio en la historia económica (New York, W.W. Norton & Company, 1981), señala:

"Hasta en el Estado más capitalista, adonde se han abierto sin límites las condiciones de mercado de modo tal que todos puedan dedicarse a vivir de ellas, aun así ese todos debe reducirse a casi todos porque, precisamente para que el mercado pueda funcionar, algunas personas no deben actuar a cambio de beneficios tangibles (es decir, no como homo-economicus). Los jueces, los legisladores, los altos funcionarios, se mueven según motivaciones no económicamente cuantificables. Cuando lo hacen, están corruptos. Becker ignora los criterios éticos y morales que forman parte de la visión "ideológica" de cada persona."

Esto nos devuelve al paisaje latinoamericano. Preocupados por el crecimiento económico se busca atraer capitales mediante programas económicos que dependen de un presidente o de un ministro. Es una suerte de política de desarrollo "directo", a la que sólo concurren capitales de aventura en el corto plazo.

El otro camino sería la construcción de un sistema político y jurídico previsible, fundado sobre una ética colectiva sólida, confiable.

"Después de haber premiado a Becker, el Comité del Nobel nos sugiere: "lean a North ". La garantía del mercado proviene de más allá, de eso que el propio North llama "ideología": una serie articulada de convicciones morales.

f.- Algunas respuestas al modelo neoliberal

"...tanto en el Este como en el Oeste nuestra tarea es la misma: buscar y encontrar el sistema que combine lo mejor de la acción motivada por el mercado con lo mejor de la acción motivada socialmente".

"La dialéctica de la economía capitalista moderna, o, más exactamente, la economía mixta moderna, compete, casi exclusivamente, al papel del gobierno."

John Kenneth Galbraith

Según Eric Hobsbawm¹⁴ en su ensayo "¿Tiene temas el socialismo?", "la decisión de cuando una industria o servicio ha de ser suministrado por una empresa pública o una privada no es necesariamente una cuestión de principio básico. El sistema privado de seguro médico de los EU se ha vuelto alocadamente caro y burocratizado. Pero en Francia, por ejemplo, el seguro de salud patrocinado por el gobierno parece trabajar bien. La cuestión central no consiste en tecnicismos, sino en cuando un país acepta la obligación de suministrar adecuada atención sanitaria y médica a todos sus ciudadanos y garantiza que estos tengan acceso a ella".

Para nosotros, el principio de igualdad y el concepto de autonomía del estado, entendido como representante político del interés de la sociedad, nos indican cuándo un servicio debe ser prestado y/o supervisado por una empresa pública, tal como sucede en los países con mercados fuertes y economías privadas más desarrolladas.

Sin embargo éste no es el tema central de este trabajo. Simplemente nos limitamos a hacer algunos aportes generales sobre cuál puede ser el futuro del estado-nación como entidad política, y a partir de allí deberá definirse el papel y la dimensión tanto política como organizacional de las empresas que estén bajo control de ese estado.

La finalidad de citar a Hobsbawm es respaldar su tesis de que los pensamientos de base social tienen una misión muy importante que cumplir respecto de la construcción de los nuevos tiempos.

El socialismo ha sufrido durante los últimos tres lustros una crisis de argumentos, que le impidieron discutir de igual a igual con el neoliberalismo la nueva agenda política. Pero una corriente de pensamiento no se agota con motivo de una temporaria crisis de argumento, sino cuando experimenta una prolongada crisis de necesidad, es decir, cuando por su desarrollo, las sociedades comienzan a perder la necesidad de que ese pensamiento se actualice para edificar una alternativa.

En términos de Hobsbawm: "El futuro del socialismo descansa en el hecho de que su necesidad sigue siendo tan grande como siempre, aun cuando su argumentación ya no sea la misma en varios aspectos. Descansa en el hecho de que el capitalismo genera contradicciones y problemas que no puede resolver".

Las tremendas brechas sociales y culturales abiertas por el desenfreno del capitalismo no regulado, hacen del pensamiento social algo absolutamente necesario en nuestros días.

La finalidad del lucro individual como objetivo principal del capitalismo lo vuelve una vez más insuficiente para resolver problemas básicos de la Humanidad.

"Hay al menos tres consecuencias del desarrollo capitalista que han escapado a su control", dice Hobsbawm. Estas nos ayudarán a definir la agenda social del siglo XXI.

"La primera es la ecología". El efecto invernadero es fruto de un irrestricto afán de crecimiento económico. Si bien el socialismo también creó en Europa oriental contaminación masiva, es el capitalismo quien está comprometido "por su naturaleza" con el crecimiento ilimitado. De ahora en más, el crecimiento debe ser controlado, planeado y -donde fuere necesario- a pesar de la libertad de mercado.

La "segunda consecuencia" es la espantosa distancia entre los habitantes de países ricos y desarrollados y los de los países pobres, no obstante un puñado de estados de reciente desarrollo y otros miembros de la OPEP. El "mundo desarrollado", que en 1990 representaba un tercio de la humanidad, hoy representa menos de un quinto, lo mismo que en 1750. Por su parte, el ingreso per cápita de los diez países más ricos es 58 veces mayor que el de los diez más pobres.

Esta distancia también marcó el perfil de las sociedades duales de los estados periféricos, caracterizados por la presencia de una oligarquía minoritaria que cabalgó sobre la generalización de la pobreza del resto de la población.

Durante mucho tiempo, el "proletariado interno" de los países industrializados logró sustraerse a la humillante condición de paria de la sociedad burguesa gracias al espectacular crecimiento económico y a las instituciones que de él se derivaron en materia de tutela social.

Pero en la actualidad, la brecha ha comenzado a acentuarse al interior de los países industrializados y amenaza con la desintegración de los actuales estados nacionales.

Tales los casos de la Lega lombarda que propicia la secesión del norte de Italia, la regiones alemanas de Hamburgo y Bremen o los planteos separatistas de los grupos nacionalistas vascos y de catalanes en España. Y estos intentos no están guiados por cuestiones políticas, culturales o religiosas como en la ex Unión Soviética o la ex Yugoslavia, sino en diferentes posicionamientos regionales frente al desarrollo económico.

En síntesis, el dilema ético de cómo acercarnos a la igualdad de oportunidades en el acceso a los adelantos que proporciona el desarrollo ya no se limita a la relación Norte-Sur, sino que se extiende al interior del propio Norte industrializado.

Todo esto conduce a la "tercera consecuencia" de Hobsbawm: la descomposición de relaciones entre los Seres Humanos que constituyen las sociedades y el vacío moral. En este vacío moral nada cuenta, excepto la rentabilidad, el aquí y el ahora.

Trabajar en la línea de ensamble de las plantas de Henry Ford nunca fue muy agradable, pero a muchos negros, y blancos pobres del Sur de los EU les dio la oportunidad de brindar una educación de ciudadanos a sus familias. Hoy la industria automotriz no los necesita más, lo que constituye una de las razones por las cuales casi la mitad de las tropas en el Golfo Pérsico eran negros.

¿Qué pasó con estas comunidades? Se degradaron en amargos ghettos poblados por gente sin techo y acechada por la droga y la violencia.

El pensamiento social -o lo que Michel Rocard¹⁵ llama "la voluntad colectiva de justicia social, de disminución de la dosis de arbitrariedad" (88)-, esta para recordar a la gente. No sólo a una parte, sino a toda ella. Para recordar que los Seres Humanos no deben ser sacrificados en nombre del crecimiento económico, y actuar en consecuencia.

Los problemas de un planeta que puede tornarse inhabitable por el crecimiento exponencial de la producción y la contaminación, los problemas de un mundo dividido en una abrumadora mayoría de hambrientos y una minoría de ricos, no pueden ser resueltos de la forma en que el capitalismo no regulado lo está haciendo.

Más temprano que tarde se requerirá una acción sistemática y planificada internacionalmente por los Estados, y un ataque a las fortalezas centrales que dominan las economías de mercado.

Se requerirá no sólo una mejor sociedad que en el pasado, sino una sociedad diferente. Para terminar con palabras de Eric Hobsbawm, "una sociedad que no solo sea capaz de salvarse de un sistema productivo fuera de control, sino en la cual la gente pueda vivir vidas dignas de Seres Humanos, no sólo de bienestar, sino de común acuerdo y en dignidad.

No algunos tipos especiales de gente, los listos, los fuertes, los ambiciosos, los bonitos, sino todos ellos".-

¹ Carlos Pérez Llana. "De la guerra del golfo al nuevo orden", *Gel*, colección Estudios internacionales, Bs.As., agosto de 1991.

² John Kenneth Galbraith. Profesor emérito de economía en la Universidad de Harvard, autor de "El nuevo estado industrial" y "La sociedad opulenta", entre otras obras.

³ John Riely. "American Public Opinion and U.S. Foreign Policy 1991. Edited by The Chicago Council on Foreign Relation. 1991.

⁴ GATT y Ronda del GATT. El Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (General Agreement on Tariffs and Trade) es una agencia especializada de las Naciones Unidas encargada de establecer y administrar reglas en el comercio internacional, ayudar a los gobiernos a reducir las tarifas aduaneras y otras barreras al comercio, como los subsidios. Mas de 100 países participan de esta agencia, que regula el 80 % del comercio mundial. La ronda Uruguay se denomina al proceso de negociaciones iniciado en ese país en diciembre de 1986, para liberalizar el comercio internacional, impulsado por su director, el suizo Arthur Dunkel. En abril de 1994, la ronda culminó en la ciudad de Marrakesh con la creación de la OMT (Organización mundial del comercio).

⁵ Revista "Foreign Affairs". Prestigiosa revista científica norteamericana, fundada en 1921 y dedicada al estudio de los temas internacionales. Es editada bimestralmente por el Council on Foreign Relation.

⁶ Arnold Toynbee (1889 - 1975). Historiador británico que a través de los 22 volúmenes de su "Estudio de la Historia" realiza un complejo análisis comparado de las grandes civilizaciones. Escribió también un estudio del desarrollo de las colonias urbanas a través de la historia titulado "Ciudades en marcha" y otra significativa obra editada bajo el nombre de "Guerra y civilización".

⁷ Luciano Pellicani. Sociólogo italiano, docente de la Universidad de Roma y director de la revista "Mondoperario", autor del ensayo de referencia, revista "Nueva Sociedad" nro. 119, Caracas,

mayo-junio de 1992.

⁸ *Ayatollah Jomeini y la revolución iraní. En febrero de 1989, el régimen prooccidental del Sha Reza Palhevi cae bajo el triunfo de la revolución islámica dirigida por el Ayatollah Ruollah Jomeini, que inaugura un régimen fundamentalista de carácter totalitario. La insurrección había comenzado a gestarse en 1977, sobre la base de una amplia alianza política apoyada en las acciones agitadoras de las masas chiítas.*

⁹ *Cornelius Castoriadis. Psicoanalista y pensador francés, fundador en la década de los 50 de la revista y el grupo "Socialismo o Barbarie" -donde también militaran Claude Lefort y Jean Francois Lyotard-, y autor del libro "La Institución Imaginaria de la Sociedad" (1975). La referencia pertenece al artículo "Le delabrement de l'Occident", en "Espirit" nro. 177, París, 12/1991.*

¹⁰ *Norbert Lechner. Cientista social alemán, residente en Chile y director de la FLACSO-Chile.*

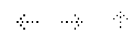
¹¹ *Krzysztof Gawlikowski. Ensayista y sinólogo polaco, docente de la Universidad de Nápoles. Artículo de referencia: ¿"Guerra cultural o influencia recíproca?", revista "Nueva Sociedad" nro. 119, Caracas, mayo-junio de 1992.*

¹² *Gary Becker, en su libro "The economic approach to human behavior", prolonga la tesis liberal que Adam Smith condensara en su obra "La riqueza de las naciones", escrita en 1776.*

¹³ *Mariano Grondona, Revista "Visión" vol. 81 no. 11, diciembre de 1993, pag. 18.*

¹⁴ *Eric Hobsbawm. Historiador contemporáneo, autor de "Las revoluciones burguesas y recientemente "El nacionalismo desde 1789".*

¹⁵ *Michel Rocard. Ex primer ministro y ex-presidente del Partido Socialista Francés. Artículo de referencia: "Justicia y Mercado", diálogo con Paul Ricoeur, revista "La ciudad futura", nro. 32, Buenos Aires, abril de 1992.*



webmaster

Copyright 2000 CENM

Este sitio se visualiza mejor con Internet Explorer 5, en 800 x 600 pix

Website desarrollado por [Fotógrafos & Co.](#) para el Centro de Estudios Nuevo Milenio